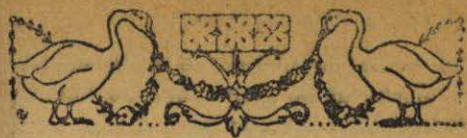


CUARTO ACTO



EL RELOJ DE SEGURIDAD

La acción se desarrolla ahora en Neufchatel. Estamos en el grato mes de Abril; el agradable lugar adonde trasladamos a nuestros lectores es una notaría; la agradable persona que en ella vemos es el notario mismo, bello anciano de tez colorada, el primer notario de Neufchatel, universalmente conocido en el cantón, el licenciado Voigt. Por su profesión y sus prendas personales, era el señor Voigt un ciudadano popular. Los numerosos favores que ha hecho y sus extravagancias, tan numerosas como los favores, le han convertido en uno de los personajes más célebres de aquella hermosa ciudad suiza. Su larga levita parda y su birrete negro han entrado en la categoría de las instituciones del país;

no menos renombrada es su tabaquera, y mucha gente piensa que no hay en toda Europa una mayor.

En la notaría hay otra persona, una persona menos agradable que el señor Voigt. Es Obenreizer.

Aquella notaría, algo campestre, no recordaba en nada la solemne mansión de un notario inglés. Estaba situada en el fondo de un patio risueño y limpio, y daba a un lindo cuadro lleno de flores. Dos cabras ramoneaban no lejos de la puerta; la vaca pacía tan cerca de la casa, que hubiera bastado a la pobre res adelantar unos diez pies para ir a hacer compañía al pasante. El despacho del señor Voigt era pequeño, claro y todo barnizado; las paredes estaban cubiertas de tableros; semejaba uno de esos cuartos que se ven en las cajas de juguetes de niños; la ventana estaba adornada, según la estación, de girasoles, rosas y malvas. Las abejas del señor Voigt zumbaban a través del estudio durante el verano, entrando por una ventana y saliendo por otra, como si tuvieran la intención de elaborar su miel con el suave genio del señor Voigt. De cuando en cuando, una gran caja de música colocada sobre la chimenea, lanzaba cadencias de *Fra Diavolo*, o bien cantaba trozos de *Guillermo Tell* con alegre gorjeo. Si sobrevenía algún cliente,

había que parar al mueble; pero el armonioso instrumento volvía a cantar con más ahinco una vez marchado el cliente.

—Animo, ánimo, buen muchacho—dijo el señor Voigt, acariciando paternalmente las rodillas de Obenreizer;—va usted a comenzar una nueva vida en mi notaría, a mi lado, y desde mañana por la mañana.

Obenreizer, vestido de luto, con aspecto humilde y sumiso, púsose sobre el corazón una de sus manos que tenía un pañuelo.

—Mi agradecimiento está aquí, caballero—dijo;—mas no encuentro palabras para expresarlo.

—¡Bah! ¡Bah! no me hable usted de agradecimiento—dijo el notario.—Detesto ver a un hombre perseguido. He visto a usted padecer, y le he tendido la mano naturalmente. ¡Oh! Aun no soy lo bastante viejo para no acordarme de los años de mi juventud. Demasiado sabe usted que su padre fué quien me trajo el primer cliente. Se trataba de medio acre de tierra que nunca producía uvas. ¿No debo nada a su hijo? Tengo para con él una deuda de amistad; se la pago a usted... Creo que he hablado bastante bien—añadió el señor Voigt, satisfecho de sí mismo.—Permítame recompensar mis propios méritos tomando un polvo.

Obenreizer miró al suelo, como ni siquiera se creyese digno de contemplar a aquel honrado anciano que saboreaba el rapé.

—Concédame una gracia más, señor—dijo.—No obre usted conmigo por impulso generoso. Hasta ahora no ha conocido usted sino vagamente la situación en que me encuentro. ¡Pues bien! Escuche las razones que se alzan a mi favor y en contra mía, antes de emplearme con usted en su despacho. Quiero que mi derecho a su benevolencia sea reconocido por su buen criterio al mismo tiempo que por su excelente corazón. ¡Ah! puedo levantar la cabeza ante mis enemigos; puedo rehacerme una reputación sobre las ruinas de la que tenía antes y que me han quitado...

—Como usted guste—dijo el señor Voigt.—Habla usted bien, hijo mío. Algún día será un buen abogado.

—No son muy numerosos los detalles de mi triste asunto—prosiguió Obenreizer;—mis penas han comenzado después de la muerte por accidente del compañero de mi último viaje, de mi pobre y querido amigo el señor Vendale.

—El señor Vendale—repitió el notario.—Eso es. Desde hace dos meses, oigo con frecuencia ese apellido. Es el infortunado inglés que ha muerto en el Simplón, cuando usted ha sido herido, como

lo demuestran las dos cicatrices que lleva usted en la mejilla y en el cuello.

—Herido por mi propia navaja—dijo Obenreizer, tocándose las siniestras marcas, testigos parlantes de la horrible lucha.

—Por su propia navaja, al procurar salvar a su amigo—afirmó el notario.—Bien, muy bien... Es singular. Pienso que en otro tiempo tuve un cliente llamado Vendale.

—¡Es tan pequeño el mundo!—dijo Obenreizer. E interiormente anotó que el notario había tenido antes un cliente de ese nombre.

—Le decía, pues—prosiguió,—que mis penas han comenzado a la muerte de mi compañero de viaje. Fui a Milán. Fui recibido friamente por Defresnier y Compañía. Al poco tiempo, me despiden. ¿Por qué? No me dieron razón alguna. Pregunto a esos señores si pretenden atacar mi honor. No tengo respuesta. ¿Qué pruebas tienen contra mí? Sigo sin contestación. ¿Qué debo pensar? les pregunto. Esta vez me responden: «El señor Obenreizer es muy dueño de pensar lo que se le antoje; y lo que él piense, nada interesa a Defresnier y Compañía.» Y eso es todo.

—Eso es todo—dijo el notario.

Y tomó un gran polvo de rapé.

—¿Basta eso, caballero?

—No, en verdad—dijo Voigt.—La casa Defresnier y Compañía es muy estimada y respetada en esta ciudad. Pero la casa Defresnier y Compañía no tiene derecho a destruir sin razón la reputación de un hombre. Usted podría contestar a una acusación. Pero ¿qué va usted a responder a gente que no dice nada?

—Eso es, señor mío. Su equidad natural acaba de definir en una palabra la cruel situación en que me han colocado. ¡Y si aun fuese sola esa desgracia!... Pero ya sabe usted cuáles han sido sus consecuencias.

—Lo sé, hijo mío—dijo el notario, moviendo compasivamente la cabeza,—su pupila se rebela contra usted.

—¡Se rebela!... Muy suave es esa palabra...—Mi pupila se ha alzado horrorizada contra mí; se ha substraído de mi autoridad, y se ha refugiado, con la señora Dor, en casa de ese abogado inglés, el señor Bintrey, que a nuestras instancias para que venga y se someta, contesta que ella no hará nada de eso.

—Y que luego escribe—prosiguió el notario, levantando su enorme tabaquera para buscar entre sus papeles,—y escribe diciendo que va a venir a conferenciar conmigo.

—¿Eso escribe?—preguntó Obenreizer.—Pues bien, ¿no tengo yo derechos legales, señor mío?

—¡Todo el mundo, excepto los criminales, todo el mundo tiene sus derechos legales!

—¿Quién dice que soy criminal?—dijo Obenreizer con feroz aspecto.

—Nadie lo dice. Un poco de calma en sus penas, por piedad. Si la casa Defresnier diera a entender que usted ha cometido alguna acción... ¡oh! en ese caso, ya sabríamos qué conducta deberíamos seguir con ella...

Al tiempo que hablaba, entregó la brevisima carta de Bintrey a Obenreizer, que la leyó y se la devolvió.

—Cuando ese abogado inglés le anuncia que va a venir a conferenciar con usted—dijo—eso significa que viene para rechazar mi autoridad sobre Margarita...

—¿Lo cree usted?

—Seguro estoy de ello, le conozco. Es obstinado y pendenciero. Dígame usted si mi autoridad es inatacable hasta la mayor edad de esa joven.

—Absolutamente inatacable.

—Entonces, quiero conservarla... ¡Ya la obligaré a someterse!... Y ésta—añadió Obenreizer, pasando de su enfado a un tono de dulzura y sumisión—ésta será una satisfacción más que deberé a usted, que con tanta confianza ha tomado bajo su protección y a su servicio a un hombre tan cruelmente ultrajado.

—Tranquilece su espíritu—interrumpió el señor Voigt.—Ni una palabra más sobre este asunto, y déjese de agradecimiento... Esté aquí mañana por la mañana antes que llegue el otro pasante, entre siete y ocho; me encontrará usted en este cuarto. Quiero iniciarle yo mismo en su trabajo... Ahora, váyase, váyase... Tengo que escribir cartas; no quiero oír una palabra más.

Despedido con tan amistosa brusquedad y satisfecho de la favorable impresión que en el espíritu del anciano había producido, Obenreizer pudo reflexionar a su antojo. Entonces acudió a su memoria cierta nota que había tomado men talmente durante la conversación. Así, pues, el notario Voigt había tenido un cliente llamado Vendale.

—Ahora conozco bastante bien a Inglaterra—se decía, mientras hacía correr sus pensamientos ante sí, sentado en un banco delante del cuadro de flores.—En esa nación es muy raro el nombre de Vendale. Nunca encontré antes ninguna persona que lo llevase...

Miró involuntariamente detrás de sí por encima del hombro.

—¿Es, en efecto, tan pequeño el mundo, que no pueda yo apartarme de Vendale, ni aun después de su muerte?... En sus últimos momentos me confió que había hecho traición a la confianza

de un hombre que está muerto como él... que gozaba de una fortuna que no era suya... que yo debía pensar en ello... ¡Y me pedía que me alejase un paso para verme mejor y para que mi rostro evocase en él ese recuerdo!... ¿Por qué mi rostro?... ¡Luego yo soy aquel a quien interesa tal confesión!... ¡Oh! Estoy seguro de sus palabras; no se han marchado de mi oído... Y si las relaciono con lo que me decía hace poco ese viejo tonto de notario... ¡Sea como fuere, mejor que mejor, si hallo con qué reparar mi fortuna y empañar su memoria!... ¿Por qué, durante la noche que pasamos juntos en Basilea, insistió tanto acerca de mis primeros recuerdos? ¡Indudablemente, tenía entonces alguna razón para ello!...

No pudo terminar, porque los dos mayores carneros del señor Voigt vinieron a asaltarle a topetazos, cual si quisieran vengar la irrespetuosa reflexión que Obenreizer se había permitido hacer sobre su amo. Cedió al enemigo y retiróse. Pero fué para pasearse largo rato, solo, a orillas del lago, con la cabeza inclinada contra el pecho, presa de profundas reflexiones.

A la mañana siguiente, entre siete y ocho, presentóse en la notaría. Allí encontró al notario, que le esperaba compulsando papeles y títulos llegados la

víspera. En pocas y sencillas palabras, púsole Voigt al corriente de la rutina del despacho y de los deberes que había de cumplir. Eran las ocho menos cinco cuando se levantó el digno hombre, diciendo a su nuevo pasante que estaba terminada aquella instrucción.

—Voy a enseñarle la casa y sus dependencias—dijo;—pero antes, tengo que guardar estos papeles. Son de las autoridades municipales y debo tener con ellos mucho cuidado.

Obenreizer prestó atención, porque veía allí ocasión de instruirse. Iba a saber dónde guardaba los papeles particulares el notario.

—¿No puedo ahorrarle ese trabajo? dijo.—¿No puedo arreglar y guardar esos papeles, en vez de ser usted, dándome las indicaciones necesarias?

El señor Voigt se rió para su capote. Cerró la cartera que contenía los preciados documentos y entregósel a Obenreizer.

—¡Pruébelo!—dijo.—¡Todos mis papeles importantes están ahí!

Y con el dedo, le mostraba en el fondo del cuarto, una pesada puerta de encina sembrada de clavos. Acercóse Obenreizer cartera en mano, y mirando la puerta, vió con sorpresa que no había medio alguno de abrirla, cuando menos por fue-

ra. No había picaporte, ni pestillo, ni llave, ni siquiera cerradura.

—Es que habrá otra puerta en ese cuarto—dijo.

—No—respondió el notario.—Busque más.

—Habrá seguramente una ventána.

—Está condenada, amigo mío, tapiada con ladrillos. La única entrada es por esta puerta; ¿renuncia usted a buscarla?—preguntó, triunfante, el notario.—Escúcheme ahora, y dígame si oye algo dentro.

Obenreizer escuchó y retrocedió espantado.

—¡Oh!—dijo,—ya sé de qué se trata. Oí hablar de esto cuando era yo aprendiz de relojero. Es señal de que Perrin hermanos han concluído ya su famoso reloj de seguridad. ¿Es usted quien lo ha comprado?

—Yo mismo. En efecto, es el reloj de seguridad. He ahí, hijo mío, una prueba más de lo que la buena gente de este país llama las niñadas del viejo Voigt. Pues bien, dejemos que se burlen. No por eso es menos cierto que no hay ladrón en el mundo que pueda robarme las llaves. Ningún poder de la tierra, ni un tonel de pólvora siquiera, hará mover esta puerta. Mi centinelita dentro, mi amiguito que hace: «tic, tic», me obedece cuando le digo: «abre». La puerta maciza

nunca obedecerá más que a ese: «tic, tic», y ese ligero «tic, tic», nunca obedecerá más que a mí... y he ahí lo que ha ideado el viejo chiquillo de Voigt, para la mayor confusión de todos los ladrones de la cristiandad.

—¿Se puede ver el reloj en movimiento?—preguntó Obenreizer.—Perdone usted mi curiosidad; ya sabe que antes pasaba yo por buen obrero relojero.

—Sí, lo verá usted funcionar—dijo el notario.—¿Qué hora es?... Las ocho menos un minuto. ¡Atención! Dentro de un minuto, verá usted abrirse la puerta por sí sola.

Un minuto después, suavemente, despacito, sin ruido, y cómo empujada por manos invisibles, abrióse la puerta y dejó ver un cuarto oscuro.

En tres de sus lados, las paredes estaban de arriba a abajo provistas de estantes, en las cuales, en buen orden y por pisos, había cajas de madera con adornos de marquetería suiza, y todas ellas tenían, en letras de color, letras fantásticas, el nombre de los clientes de la notaría. Voigt encendió una antorcha.

—Va usted a ver el reloj—dijo con orgullo;—puedo decir que poseo la primera curiosidad de Europa... Y sólo a ojos privilegiados les permito verla. Y ese privilegio se lo concedo al hijo del

excelente padre de usted. Sí, sí, usted será uno de los raros favorecidos que entran conmigo en ese cuarto. Vea usted ahí, en la pared de la derecha, al lado de la puerta.

—¡Si es un reloj ordinario!—exclamó Obenreizer.—No; no tiene más que una aguja.

—No—replicó el señor Voigt—no es un reloj ordinario... No, no... esa aguja única gira alrededor de la esfera, y el punto en que la coloco yo mismo, regula la hora a que debe abrirse la puerta. Mire usted, la aguja indica las ocho: ¿no se ha abierto la puerta al dar las ocho?

—¿Se abre más de una vez al día?—preguntó el joven.

—¿Más de una vez?—repitió el notario, aparentando perfecto desprecio por la simpleza de su nuevo pasante.—No conoce usted a mi amigo Tic Tic. Abrirá cuantas veces yo le diga. Todo cuanto pide son instrucciones, y yo se las doy... Mire debajo de la esfera; hay aquí un semicírculo de acero que penetra en la pared; ahí, una manecilla llamada el regulador, que corre a todo alrededor de la esfera, a capricho de mis manos. Examine usted, por favor, las cifras que han de guiarme por ese semicírculo. El número 1 significa que se ha de abrir una vez en veinticuatro horas; el 2 quie-

re decir: abre dos veces, y así sucesivamente hasta el fin. Todas las mañanas, coloco el regulador, después de leer la correspondencia y cuando sé ya cuál será mi tarea del día. ¿Le gustaría vérmelo colocar? ¿Qué día es hoy?... Miércoles... Bien. Hoy es la reunión de los tiradores de carabina; no tendré gran cosa que hacer, puedo contar con medio día de asueto. Podremos dejar la notaría a las tres de la tarde. Guardemos primero la cartera de los papeles del Municipio. ¡Ya está! Creo que no hace falta fastidiar a Tic Tic y pedirle me abra antes de mañana a las ocho de la mañana. Hago retroceder el regulador hasta el número 1. Cierro la puerta, y muy agudo tiene que ser el que la abra antes de las ocho de la mañana de mañana.

Sonrióse Obenreizer. Y había visto el punto flaco del invento preconizado por el notario; sabía cómo el reloj con secreto podía hacer traición a la confianza del señor Voigt y dejar los papeles a merced de su pasante.

—¡Espere!—gritó en el momento en que el notario iba a cerrar la puerta.—Algo se mueve entre las cajas.

El notario se volvió.

Un segundo bastó a la mano ágil de Obenreizer para adelantar el regulador: desde el número 1 hasta el 2. A menos

que el notario, al mirar de nuevo el círculo de acero, notase la variación, la puerta se abriría a las ocho de la noche, y nadie sabría nada, salvo Obenreizer.

—No he visto moverse las cajas—dijo el señor Voigt.—Sus penas le han trastornado los nervios, hijo mío. Ha visto usted la sombra proyectada por la oscilación de mi vela. O tal vez algún pequeño coleóptero que se pasea en medio de los secretos del viejo hombre de leyes... ¡Escuche! Oigo a su compañero, el otro pasante, en el despacho. ¡A trabajar! Coloque usted hoy la primera piedra de su nueva fortuna.

Empujó alegremente a Obenreizer fuera del cuarto obscuro. Antes de apagar la luz dirigió una postrer mirada de ternura al reloj—mirada que no se detuvo en el regulador—y cerró tras de sí la puerta de encina.

A las tres, estaba cerrada la notaría. El notario, sus empleados y sirvientes fueron al tiro de carabina. Obenreizer, para eximirse de acompañarles, pretextó no estar de humor para asistir a una fiesta pública. Salió; no se le volvió a ver. Creyeron que estaría lejos, dando algún paseo solitario.

Apenas estaba cerrada y desierta la casa, cuando se abrió un guardarropa

reluciente, que daba al no menos reluciente despacho del notario. Obenreizer salió del guardarropa. Acercóse a una ventana, abrió los postigos, se cercioró de que podía evadirse sin que le vieran por el jardín, volvió a su cuarto, y sentóse en el sillón del notario. Tenía que esperar cinco horas.

Mató el tiempo como pudo, leyendo los libros y periódicos diseminados por la mesa, ora reflexionando, ora paseándose arriba y abajo, según su querida costumbre. Al fin se puso el sol.

Obenreizer volvió a cerrar cuidadosamente los postigos antes de encender la vela. Llegaba el momento. Sentóse, reloj en mano, acechando la puerta de encina.

A las ocho, abrióse ésta, suavemente, despacito, como empujada por una mano invisible.

El joven leyó uno tras otro todos los nombres escritos en las cajas de madera. ¡En ninguna parte hallaba lo que buscaba!... Separó la fila exterior y continuó su examen.

Allí, las cajas eran más viejas, y algunas hasta estaban muy deterioradas. Las cuatro primeras tenían los nombres escritos en francés y en alemán; el nombre de la quinta no podía leerse. Cogióla Obenreizer, la llevó al despacho, para examinarla más cómodamente... ¡Mi-

lagro! Bajo una espesa capa de manchas, producidas por el polvo y por el tiempo, leyó:

VENDALE

La llave estaba atada con una cuerda a la caja. Abrió, sacó cuatro papeles sueltos los colocó en la mesa y empezó a leerlos.

De pronto, sus ojos, animados por una expresión de salveje avidez, se turbaron. Al mismo tiempo, cruel desencanto y sorpresa mortal asomaron a su rostro lívido. Púsose la cabeza entre las manos para reflexionar, luego se decidió, sacó copia de los papeles que acababa de leer, volvió a ponerlos en la caja, ésta en su sitio, en el cuarto obscuro, cerró la puerta de encina, apagó la bujía y se marchó por la ventana.

En tanto que el ladrón, el asesino, franqueaba la tapia del jardín, el notario, acompañado de un forastero, se detenía ante su casa, con la llave en la mano.

—Por favor, señor Bintrey—decía,—no pase usted por delante de mi casa sin concederme el honor de entrar. Hoy es casi un día de fiesta en nuestra ciudad... el día del tiro... pero todo el mundo estará de vuelta antes de una hora... ¿No es agradable que se haya usted lle-

gado precisamente a mí para preguntar el camino de la fonda?... Pues bien, bebamos y comamos juntos, antes de que vaya usted a ella.

—No, esta noche no—repuso Bintrey, —se lo agradezco. ¿Puedo esperar verle mañana por la mañana, a eso de las diez?

—Tendré sumo gusto en aprovechar la ocasión más próxima para reparar, con su permiso, el mal que causa usted a mi cliente ofendido—contestó el bueno del notario.

—Sí, sí—dijo Bintrey—¡su cliente ofendido! ¡Bueno! Pero, una palabra al oído, señor Voigt.

Habló durante un segundo en voz baja y prosiguió su camino. Cuando el ama de llaves del notario regresó a su casa, halló a éste de pie delante de la puerta, inmóvil, teniendo todavía la llave en la mano, y la puerta cerrada aún.



VICTORIA DE OBENREIZER

Otra vez varía el escenario. Nos llamamos al pie del Simplón, por la parte de Suiza.

En uno de los tristes cuartos de aquella triste posada de Brietz, estaban sentados Bintrey y el señor Voigt.

Constituían un consejo—siguiendo los usos de su profesión—un consejo compuesto de dos miembros. Bintrey revolvía su caja de telegramas. El notario miraba constantemente una puerta cerrada, pintada de cierto color pardo que se proponía imitar caoba.

Esa puerta daba al cuarto contiguo.

—¿No es la hora?... ¿No debía estar él ya aquí?...—preguntó el notario, que mudó la dirección de la mirada para examinar una segunda puerta que había al oro extremo del cuarto.

Esta se hallaba pintada de amarillo y pretendía imitar la madera de abeto.